

Kazumi Yumoto

LA CIUDAD DEL SOL PONIENTE

Traducción del japonés
Rumi Sato y José Pazó Espinosa

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Nishibi no Machi*

© de la obra: Kazumi Yumoto, 2002

Publicado por primera vez en Japón por Bungeishunju Ltd., Tokyo, en 2002
El acuerdo por la cesión de los derechos para la traducción al español se ha
cerrado con Kazumi Yumoto a través del Japan Foreign-Rights Centre /
Ute Körner Literary Agent, S.L.

www.uklitag.com

© de la traducción: Rumi Sato y José Pazó Espinosa, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: abril de 2018

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA

ISBN: 978-84-16858-38-5

Depósito Legal: M-34612-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



Mi madre solía cortarse las uñas a altas horas de la noche. Lo hacía con lentitud, produciendo unos chasquidos ruidosos, clic, clic, con el Viejo Teko acurrucado a su lado. Se las cortaba en cuclillas o arrodillada sobre una pierna. Alguna vez, incluso, lo hacía tumbada bocabajo, sobre el futón, apoyada en los codos. Se cortaba las uñas de las manos, pero a veces se cortaba después las de los pies.

Un día, me puse yo a hacer lo mismo y se me quedó mirando con sus grandes ojos entornados, como dos rabillos inclinados hacia arriba, y me dijo:

—Si haces eso, no podrás verme cuando dé mi último suspiro.

—¿Tu último suspiro?

—Sí, el de la muerte. ¿No has visto en la tele cuando dicen: «Ha dado el último suspiro»?

Dejé caer el cortaúñas sobre el tatami con un ruido sordo, como si fuese algo espantoso. Entonces, mi madre lo recogió y comenzó a cortarse las uñas apenas crecidas, bajo la luz intensa de la lámpara fluorescente, justo delante del Viejo Teko, que estaba acurrucado. Mientras lo hacía, murmuró algo así como que era mentira el dicho que decía que las uñas crecían rápido cuando uno tenía una vida fácil y que el pelo crecía más rápido cuando uno atravesaba dificultades en la vida.

¿Qué sentimientos producirían en el Viejo Teko aquellos chasquidos arrítmicos que incitaban al sueño, pero que al mismo tiempo no dejaban dormir? De vez en cuando, tras un chasquido, el Viejo Teko contraía su cuerpo, lo que sin duda indicaba que estaba escuchando. Seguía acurrucado, con la frente arrugada, surcada por finas líneas como ríos de un mapa y pegada a sus delgadas rodillas puntiagudas, en un rincón de esa pequeña habitación.

El Viejo Teko apareció en el apartamento en el que mi madre y yo vivíamos en la primavera del año 45 de la Era Shōwa, 1970, cuando yo tenía diez años. Ese día, al regresar de la escuela, me encontré con un hombre desconocido que estaba sentado inmóvil delante de la puerta y le pregunté:

—¿Eres el Viejo Teko?

No vacilé en dirigirme así a él, quizá porque me pareció que estaba dormido y porque cada vez que veíamos a un vagabundo durmiendo en la calle mi madre comentaba: «Seguro que el Viejo Teko estará haciendo lo mismo» o «¡Ay, qué susto! Pensé que era el Viejo Teko». Por eso yo me imaginaba a mi abuelo, al que no conocía, siempre debajo de un puente o en una zanja o en la escalinata de piedra húmeda de un santuario desierto.

Probablemente, el hombre había llevado una vida como la que mi madre pensaba, porque la mugre lo cubría. Estaba sucio, envuelto de arriba abajo por una película de polvo. Eso hacía que estuviera en perfecta armonía con la suave luz de aquel día algo nublado del mes de marzo. Me agaché, como si estuviera examinando un objeto a la deriva en la playa, y lo observé con atención: su rostro cuadrado como una goma de borrar, cubierto con una barba descuidada; sus grandes orejas, que le sobresalían de la cara; su cazadora gris oscuro, de una talla que no era la suya...

Iba a hablarle de nuevo cuando abrió sus turbios ojos. Emitió un breve saludo, idéntico al grito de una rana toro una noche sin luna, y se puso en pie tambaleante. Al hacerlo, la atmósfera cálida de aquel día de primavera se vio invadida

por una vaharada de aire que llegó hasta mi nariz. Olía ligeramente a bacalao.

—Date prisa.

Los ojos hundidos del Viejo Teko brillaron bajo unos párpados que parecían pesarle y me miró fijamente. Tenía la barbilla hundida en el cuello, la espalda encorvada y apretaba los puños a la altura de sus muslos. De pie se asemejaba a una marioneta colgada en la pared, aunque, como tenía los pies más separados que el ancho de los hombros, producía una sensación de fuerza. Me pareció un hombre bastante grande.

—¿Tienes llave? —me preguntó.

Asentí algo aturdida.

Al abrir la puerta, se desplegó ante nosotros todo el interior de la casa. A la derecha estaban la cocina y el cuarto de baño; a la izquierda, una habitación de seis tatamis, es decir, de unos diez metros cuadrados, que nos servía de comedor, sala de estar y dormitorio. Entre la habitación y las puertas correderas de cristal que daban al exterior, el suelo era de tablas, muy estrecho y estaba lleno de manchas. A mí me gustaba agacharme y observar la variedad de sus formas. Más allá de las puertas de cristal, había un aparcamiento en el que destacaban más las grietas del asfalto que los coches aparcados. Y detrás del apar-

camiento se hallaba un complejo de apartamentos de color carne con una colina detrás. El Viejo Teko me apartó de un empujón y entró en casa antes que yo. Cruzó la habitación de puntillas y, con una rapidez extraña, se acurrucó al lado de un armario en un rincón de la estancia, como si ese fuera su sitio. En el suelo de hormigón de la entrada, quedaron sus zapatillas deportivas con las suelas desgastadas y finas como un papel. Una mariquita estaba posada en la punta de una de ellas.



En esos tiempos vivíamos en el distrito K de la ciudad de Kitakyūshū. K era un lugar comercial que había prosperado gracias al dinero producido por la industria del hierro. Los habitantes tenían cierta rudeza en su carácter y sus palabras, pero las calles inspiraban una calidez silenciosa. Se trataba de la calidez que tiene temporalmente un pueblo que no ha perdido la animación por completo, pero que ha dejado de progresar. Se percibía en un anticuado letrero de un diseño muy elaborado que estaba sujeto como un ramillete de flores en una pared de ladrillo manchada de hollín. O en unos grandes almacenes locales que olían a tela y que estaban siempre iluminados por una luz centellante de tubos fluorescentes que me hacían daño en los ojos. O en los maniqués anticuados de expresión amable y sombría. O en la galería comercial cubierta con un techo de hojas de hierro corrugado en la que había una pescadería que

tenía expuestos cortes de unas pocas variedades de pescado, una frutería con el suelo alfombrado de hojas verdes mustias y una tienda de golosinas que siempre, incluso de día, mantenía iluminada una bombilla desnuda. De vez en cuando, en el descampado de la parte trasera de la galería, se instalaba un teatro ambulante y narraba la historia de *Ōgon batto*, el *Murcié-lago dorado*, con unas láminas de dibujo bastante toscas. Siempre que cuento esto, los que me escuchan se sorprenden y me dicen: «Pero estás hablando de los años setenta, ¿no?» y hasta hay veces que yo mismo tengo la impresión de que esa escena, que se me aparecía inmersa en la luz del sol de poniente, no era más que un sueño.

Pero no lo era: ahí estaban la galería, como una cueva con su enorme boca negra abierta y con el inquietante cielo rojizo al fondo; el narrador del teatro de láminas, que susurraba con voz ronca a los niños: «Traed dinero»; la sirena del puerto, que se oía en las mañanas de invierno; el bullicio de la boyante economía de esos días¹, que producía algo así como el rumor

¹ La autora se refiere literalmente al Izanagi Boom (1965-1970), casi cinco años de rápido y continuado crecimiento económico de Japón que contribuyó a crear la idea del «milagro económico japonés». (Todas las notas al texto son de los traductores).

de un oleaje lejano. Todas las cosas de K eran anticuadas e inmóviles. Y había muchas. De la misma forma, el Viejo Teko era un hombre envejecido, tendía a la inmovilidad y había en él algo misterioso relacionado con la abundancia. Le gustaba permanecer quieto acurrucado en un rincón del pequeño cuarto, sin hacer caso de la televisión en blanco y negro cuyo sintonizador de canales no funcionaba. Comía muy poco, se levantaba de cuando en cuando para ir al servicio y tomaba un baño más o menos cada tres días. Pasaba el resto del tiempo pegado a la pared, de estilo japonés barato con unas hilachas brillantes incrustadas. Ni siquiera de noche se acostaba. Dormía encogido, abrazándose las rodillas. En ocasiones se le aflojaban los brazos y abría descuidadamente la entrepierna. En esos momentos, parecía un profeta en un páramo que mostrara su absoluta obediencia al Cielo. Era exactamente igual que una ilustración a todo color de la Biblia para niños que me enseñaron en el jardín de infancia católico al que había ido y que me dejaba sin aliento.

—¿Cómo habrá podido localizarnos aquí?

Unos días después de que el Viejo Teko apareciera, mi madre llamó por teléfono a mi tío de Tokio. Tras hacerle esa pregunta, suspiró.

—Sí, estoy bien. No soy como mamá, no me va a desplumar.

El cuerpo del Viejo Teko se balanceó en su rincón. Cuando mi madre colgó el auricular y lo miró fijamente, él habló casi jadeando, con la frente apoyada en una rodilla:

—¿Qué es eso de que la desplumé? —Su cuerpo seguía balanceándose.

—La verdad.

—Y a ti también te desplumó aquel fantasma, aquel *nurarihyon*²...

Mi madre expulsó aire de forma exagerada y le interrumpió:

—Por desgracia, yo no tenía nada que mereciera la pena. Eh, ¿de qué te ríes?

Al oírla, el Viejo Teko dejó de balancearse. Luego levantó el rostro un poco ruborizado, como si quisiera decir «no he hecho nada malo», mientras mantenía los ojos cerrados.

El fantasma era mi padre, que había vivido con nosotros hasta que yo cumplí los siete años. No sé si ese *nurarihyon* está

² Un *yōkai*, una clase de criaturas fantásticas de la cultura japonesa. El *nurarihyon* aparece de noche, cuando todo el mundo está ocupado preparando la cena; llega de la nada y se acomoda dentro a su gusto, fuma el tabaco y se bebe el té de la familia. Lo hace con toda confianza, como si fuera el dueño de la casa.

vivo o no. Ahora que tengo cuarenta y dos, puedo entender de alguna manera la razón por la que el Viejo Teko llamaba así a su yerno.

Cuando era niño, de vez en cuando me apetecía ver a mi padre, a pesar de que sabía que no había tardado en formar una nueva familia. Quizá por ello renuncié a ese deseo con una facilidad sorprendente. Recuerdo haber imaginado, con mi mente infantil, qué haría yo cuando no quisiera verme. Nunca recibí ni cartas ni llamadas telefónicas. Hace relativamente poco, me llamó por teléfono a mi trabajo en la universidad de Medicina. Fue hace cuatro años.

—He oído que eres profesor de universidad..., aunque, que lo sepas, no entiendo muy bien qué es eso de «Ciencias de Salud Pública».

Aquella voz que me hablaba por teléfono había dicho su nombre, el de mi padre, justo antes. Acto seguido, se rió con cierto nerviosismo.

—Si me pregunta por mi especialidad, es la de los parásitos en el agua potable.

Sentí curiosidad por saber cómo habría conseguido mi teléfono, si lo habría visto en un artículo que acababa de publicar en una revista de la Asociación de Ciencias de la Salud

Pública. Según mi madre, era un asalariado en una empresa de textil, por lo que no me parecía probable que tuviera vínculos con una revista como esa.

—Me pregunto si hay trastornos de parásitos en el mundo de hoy —comentó, riéndose de nuevo. Yo guardaba silencio.

Quizás quería crear una sensación de familiaridad. No sé por qué pensé que no era una persona demasiado sociable y sonreí con amargura. ¿Me parecería yo a ese hombre?

—Diría que están aumentando...

—Vaya.

No dije nada.

—Como... ¿por ejemplo?

—¿Qué?

—Bueno, me refiero a qué tipo de trastornos están en aumento.

—Últimamente... No es infrecuente...

—¿Sí?

—Infectarse durante un viaje por contacto con animales y enfermarse después del regreso. Los médicos de la ciudad no conocen en general esos parásitos, y ocurre a menudo que los enfermos no tienen remedio.

—¿Quieres decir que se mueren?

—Sí. Lo mejor es no tocar imprudentemente a animales salvajes.

Por un instante, nuestra conversación quedó suspendida. Escuché distraído el ruido de fondo. Parecía que llamaba desde un teléfono público. Cuando percibí que iba a volver a hablar, me adelanté:

—Por ejemplo, un parásito... que tienen los zorros —terminé de decirlo a duras penas, y de nuevo guardé silencio.

—¿Estás casado?

—Sí.

Mi mujer es de la ciudad donde estaba la facultad en la que estudié y es profesora de inglés en una escuela de secundaria. También prepara a los estudiantes para entrar en la universidad. Cuando me invitaron a trabajar en una universidad en Tokio, ella prefirió permanecer sola allí, en su ciudad, en la falda de una montaña coronada de nieve incluso en verano. Así que, aunque estamos casados, nos hemos acostumbrado a vivir separados, excepto cuando regreso a casa, dos o tres veces al mes. No es que nos llevemos mal. Su padre era fotógrafo de montaña y la había educado desde niña en las técnicas de escalada. Ella misma es ahora una alpinista experimentada y no puede vivir lejos de las montañas. Es una parte de su vida que

no puedo comprender del todo. Pero, al mismo tiempo, me da cierta envidia. Desde que la nombraron asesora de un club de alpinismo, trepa por las montañas guiando sobre todo a alumnos varones. Cuando aún éramos universitarios, se iba de escalada sola, sin hacer caso de mis protestas, lo que fue causa de muchas discusiones.

—¿Tienes hijos?

—No.

Al oírme ¿sintió decepción o alivio, o ninguna de las dos cosas? No lo sé. Al otro lado del teléfono sólo percibía su respiración. Después, en un tono más formal, empezó a contar que estaba ingresado en un hospital y que apenas le quedaba tiempo. Aunque quizá me sonara algo egoísta, me preguntó qué me parecería que nos viéramos.

Finalmente, me dio el nombre del hospital y añadió:

—Vendrás, ¿verdad? Perdona, aunque por supuesto que no tiene que ser hoy. El jueves está bien. No habrá nadie.

—Pero no sé..., tan de repente...

—Sí, es cierto, tan de repente..., ¿verdad?

Oí cómo se reía otra vez.

—Bueno, si te entran ganas... Con tal de que me avises, me adapto a cualquier día.

Luego, en un tono extrañamente formal, me dijo: «Lo siento». No dijo «lo siento por ti» ni «siento haberme comportado mal», sino «lo siento». No pude entender si se disculpaba por haber llamado por teléfono o si refería a otra cosa. La llamada se interrumpió.

Esa noche, me corté las uñas mientras me repetía una y otra vez que estaba decidido a no ir a verlo. Nunca volvió a llamarme.



Tras el divorcio, durante los primeros dos años, mi madre se dedicó a cambiar incesantemente de ciudad. Cuando lo hacía, elegía un nuevo lugar más al oeste, como si estuviera persiguiendo el sol de poniente. Estaba obsesionada con que mi padre pudiera llevarme con él, pese a que era una inquietud innecesaria. Llevábamos una vida como de dos hojas transportadas por el viento, aunque apenas lo recuerdo. Cambiábamos de lugar tan rápido que ni siquiera daba tiempo a que los recuerdos se grabaran en mi mente. El Viejo Teko apareció inesperadamente a gorronear en nuestra casa seis meses después de que por fin nos estableciéramos en K.

Sin embargo, mi madre, como si tirase del hilo de los recuerdos, me había hablado de vez en cuando sobre mi abuelo, al que yo no conocí hasta su inesperada aparición. Por ejemplo, ella siempre guardaba el dinero escondido en el frigorífico.

Metía los billetes arrugados en un sobre tosco y ajado de color de marrón claro y lo envolvía con un plástico. Un día, mientras lo guardaba junto al envase de la carne picada sobrante, murmuró de pronto: «Si el Viejo Teko estuviera aquí, encontraría esto con mucha facilidad». Al principio, su voz sonaba siempre como un murmullo trivial, pero luego aprovechaba la oportunidad y empezaba a hablar del Viejo Teko. No tiene mucho sentido que me ponga a dar ejemplos de esas historias porque, en resumidas cuentas, trataban sólo de la lucha por la supervivencia con poco dinero; historias de pobres. Pero, al final, todas esas historias incluían sin falta que el Viejo Teko estaba en paradero desconocido cuando mi abuela murió y que se presentó de improviso en el crematorio y que, además, no paró de beber y, tras haber cogido setenta mil yenes de los donativos funerarios para el difunto, desapareció. No sé si, como niño, yo era sensible o insensible, pero esa lucha desesperada por una cantidad de dinero tan pequeña me impresionó. Y lo interpretaba como una traición a mi madre. ¿Era eso o su forma de contar las historias lo que hacía que no pudiera dejar de escucharla? Es algo que nunca sabré.

Mi madre apenas me contaba historias de antes de la Segunda Guerra Mundial, de cuando sólo era una niña que

vivía con su familia en Hokkaidō y de cuando el Viejo Teko, a su manera, gozaba de una situación próspera. Cuando la conversación nos llevaba a esos tiempos, ella evitaba comentar nada y sacudía la cabeza como diciendo: «No tiene sentido hablar de eso».

Cuando vino el Viejo Teko, mi madre se comportó con él de una forma extravagante y tortuosa que me recordaba a las series de televisión que tanto le gustaba ver. Para mí era algo inexplicable. Vaciaba la bañera con el agua caliente sin preguntarle si quería bañarse o no³, le pisaba las puntas de los pies o le daba con la boquilla del aspirador mientras limpiaba. Pero después trataba de que comiera, aunque no tuviera apetito, y le ponía en la mesa sus platos favoritos: sopa de miso con almejas, sashimi de cabeza de pulpo y espinacas hervidas y aliñadas. En otras ocasiones se quedaba mirando fijamente, con la nariz colorada y una expresión indescriptible, el rostro del Viejo Teko, que dormía con la cabeza apoyada en la pared y la boca abierta...

Y como remate de todas esas actividades, se cortaba las uñas a medianoche. Los chasquidos a menudo me despertaban.

³ En Japón, la familia se ducha, enjabona y aclara primero, y luego se bañan juntos o por turnos en una bañera de agua caliente y limpia. Este tipo baño recibe el nombre común de *ofuro*.

—Otra vez... Te vas a cortar hasta la carne, mamá.

—Me da igual. No aguanto que sigan creciendo.

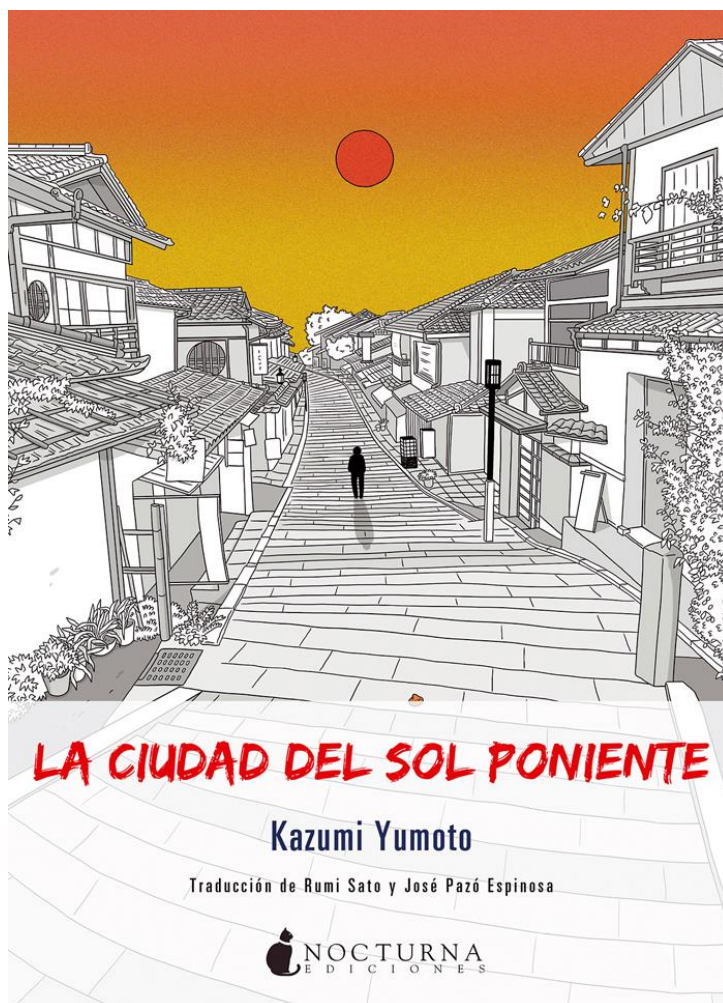
Mientras lo decía, mi madre tenía el rostro rebotante de vivacidad, con la boca fruncida como una ardilla y los ojos muy abiertos. Incluso alguna vez tarareaba una canción con buen humor. Yo me cubría la cabeza con el edredón y me abstenia de hablarle más porque sabía que se encontraba en un mundo donde mi acceso conllevaba riesgos.

SIGUE LEYENDO

A la venta: **9-4-2018**

LA CIUDAD DEL SOL PONIENTE

Kazumi Yumoto



ISBN: 978-84-16858-38-5. **PVP:** 14,00 €

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)